

-Fuerte-

Seudónimo: Awoo

Los pocos supervivientes que quedan del ejército azul atraviesan la infinita llanura helada en dirección hacia el fuerte. Avanzan a duras penas, arrastrando las cantimploras y las escopetas. Cuando iniciaron la expedición se olvidaron de meter ropa de abrigo y bocadillos en sus mochilas. Sus madres les dijeron claramente que lo hicieran, pero prefirieron no seguir sus consejos y ahora se mueren de hambre y de frío.

-¡Ánimo chicos, que ya falta poco! – grita el general.

Los soldados saben que tienen que darse prisa. Cerca, cada vez más cerca, está el dragón. Un dragón de ojos rojos, que escupe humo por la nariz y que destruye sin piedad todo cuanto encuentra a su paso. El dragón ya ha acabado con el ejército amarillo, con el ejército verde y con el ejército peluche. Y no, no piensa detenerse ahora. Los próximos en caer serán ellos... o no. Puede que no, porque lo que el dragón de los ojos rojos no sabe es que los pocos supervivientes que quedan del ejército azul muy pronto llegarán al fuerte, y una vez estén dentro, nada ni nadie podrá derrotarlos.

Sólo tienen que dar unos pasos más, unos pocos pasos más para ascender la colina y encontrar, al fondo, en el valle, la salvación. Unos pasos más y ¡Sí! Los soldados toman la cima y respiran aliviados. Pero entonces, alzan los ojos, y reina el desconcierto, porque allí, frente a ellos no hay nada ¡Nada! ¡El fuerte no está! No hay nada. Vacío, ¿por qué no está el fuerte? No, no, no. No tiene sentido.

Un momento, un momento. Quizá el dragón llegó antes y lo convirtió en ceniza. O, a lo mejor ha desaparecido por el hechizo de una bruja ¿Y si ha sido un nuevo y terrible enemigo invisible el que se lo ha llevado a su reino? No, no, claro, ya está. Ya lo sé. Ha sido mamá. Seguro que ha sido mamá. Siempre es mamá. O Miguel, que un día le partió de una patada el portalón principal. Pero no, no creo, si hubiera sido Miguel lo habría roto del todo sin preocuparse de esconderlo. Ha sido mamá, hijo.

Yo no sé por qué le molesta tanto a mamá que deje el fuerte en el pasillo. Qué más le dará, digo yo. No hay manera, cada vez que dejo el fuerte en el pasillo, mamá lo quita de ahí. Pero mamá, si está en una esquina, tiene una silla delante y apenas se ve. “¿Si tiene una silla delante y apenas se ve por qué lo tienes que poner en el pasillo?” Dice siempre mamá. Pues porque es un sitio perfecto, ¿no ves que el dragón no puede pasar entre las patas de la silla? Y luego empieza con lo de que los soldados de mi hermano Toni no son para niñas y que juegue mejor con la muñeca. Pero a ver, ¿por qué voy a jugar con la muñeca? ¿Qué hace la muñeca? Yo te lo digo mamá, la muñeca no hace nada. Nada de nada.

Desde que llegó Miguel, mamá nunca me deja jugar a lo que quiero. Como el otro día, que estaba yo echando un partido de fútbol en el descampado con Alejandro y Lucio y va mamá y me llama y me dice “¿Qué haces? Ven a casa inmediatamente”. Y luego estuve toda la tarde sin dirigirle la palabra, pero creo que ni se enteró, porque ella estaba peleada con Miguel, y cuando mamá discute con Miguel es como si se metiera dentro de una burbuja. O como si fuera un personaje de la película esa que vi el otro día a escondidas, cuando mamá y Miguel pensaban que yo estaba en la cama, esa que iba de unos marcianos que salían de unas mazorcas gigantes y que se adueñaban de los cuerpos de las personas cuando se quedaban dormidas. Algo así es mamá, como esos marcianos.

Y no encuentro el fuerte ¡No encuentro el fuerte! Ya está bien la tontería. Ni en el salón, ni en el altillo de la cocina ¿Dónde lo habrá metido esta vez? Tengo que preguntárselo. Y le diré también que no puede ordenarme a qué tengo que jugar y a qué no. Porque ella ya no sabe qué es divertido. Ella no es una niña como yo. A lo mejor cuando mamá era pequeña las muñecas resultaban más emocionantes, pero ahora, desde luego, son muy muy aburridas. Están bien para adornar, poco más. Y por mucho que se empeñe no conseguirá que cambie de idea.

Así que voy a su dormitorio, voy a su dormitorio a decirle todo lo que pienso, pero cuando estoy a punto de entrar me freno en seco. Al otro lado de la puerta suena una especie de maullido

quejumbroso. Es mamá. Está llorando otra vez. Y también está Miguel. Y Miguel está gritando, con esa manera de gritar muy bajito que tiene él a veces de gritar. Y le pide explicaciones a mamá por un dinero que le falta de su monedero. Y me llevo las manos a la boca para no decir nada. Y mamá sólo gimotea “por favor, por favor”, y le entra el hipo. Y después suena un golpe seco, muy fuerte, como si se hubiera caído un armario al suelo. Y el ruido me da un susto de campeonato. Y doy un salto. Y salgo corriendo. Porque si me quedo cerca me puede pasar como aquel día que Miguel me cogió tan fuerte del brazo que tuvimos que ir al centro de salud, y les dije que me había tropezado, porque mamá me pidió que mintiera, y me hicieron un montón de preguntas y no sé si me creyeron del todo, y después estuve escayolada casi un mes.

Es difícil correr mientras te tiembla todo el cuerpo. Pero cuanto más me alejo del dormitorio de mamá y de Miguel más me tranquilizo. Ya le preguntaré en otro momento. No creo que mamá tenga el fuerte en su cuarto. No. Lo habrá guardado en la habitación de Toni. Casi siempre lo deja allí, en la estantería, con las cajas de puzzles, el ajedrez, el hundir la flota y el conecta cuatro. Pero a mi me parece una bobada que lo ponga en la estantería de Toni, porque sí, vale, el fuerte es de Toni, pero él ya va a la universidad, y los juguetes le dan igual, y a mi el fuerte me gusta, aunque tenga el portalón principal roto, a mi me gusta. Me lo podían dar de una vez, yo lo cuidaría como si fuera mío.

Llamo a la puerta del cuarto de Toni por costumbre, porque Toni siempre me decía “antes de entrar, llama a la puerta, mocosa”, pero sé que no va a responder. Porque Toni no está. Hace mucho que no está. Desde aquella discusión con mamá, Toni no ha vuelto por aquí.

Sin embargo, mamá todavía sigue entrando casi todos los días en la habitación de Toni. Para limpiar, o para sacar la ropa de verano y cambiarla por la de invierno. A veces sólo se sienta en la cama de Toni y se pone a leer las revistas de motos que él se dejó. Hace como que espera. Actúa como si Toni fuera a aparecer de un momento a otro. Como si nada hubiera cambiado. A lo mejor por eso sigue dejando el fuerte en la estantería de Toni, para que él lo encuentre todo igual cuando

vuelva. Pero yo sé que no va a regresar porque le gritó a mamá que le daba vergüenza ser su hijo, y que ya no podía soportarlo, y que no pisaría más esta casa mientras Miguel siguiese viviendo con nosotros, y mamá le dijo que se sentía muy sola, que sin Miguel se sentía sola, que después de lo de papá se había sentido muy muy sola. Y entonces, mientras discutían, apareció Miguel, con los ojos rojos y echando humo por la nariz. Y creo que Toni y Miguel empezaron a pegarse, pero no lo sé seguro porque mamá me llevó al salón y poco después salió Toni de casa dando un portazo y ya no ha vuelto.

Y no va a volver. Lo sé. Me lo dijo el otro día. Vino a buscarme al colegio, estaba mucho más delgado que la última vez y tenía barba y una camisa de cuadros que yo no le había visto nunca, y me llevó a dar una vuelta en su Kawasaki de segunda mano, y a comer una hamburguesa en Leonardo's, y me lo dijo. Me dijo: "tienes que ser fuerte, tienes que ser muy fuerte, porque yo no voy a volver".

Así que sé que no está aquí, pero llamo a su puerta, por costumbre. Llamo a su puerta, y no contesta, claro, porque no está. Y abro, y miro alrededor pero el fuerte tampoco está, y me doy por vencida, ha desaparecido. Además, a estas alturas el dragón ya se habrá comido al general y a los soldados del ejército azul. Me voy a mi cuarto.

Mi habitación está muy oscura. Como da a un patio interior siempre está oscura por las tardes. Me tiro sobre la cama y me golpeo con algo. Entonces enciendo la luz y lo veo: ¡el fuerte! Está sobre mi colcha. Y creo que le he doblado una de las torres con mi cabeza, pero me da igual, porque si el fuerte está en mi cuarto significa que ya es mío, que mamá me lo ha dado a mi. Me lo ha dado a mi y ahora podré hacer con él lo que quiera, ponerlo en el pasillo o donde sea. Será mi fuerte hasta que tenga lo suficiente para otro. Salto de alegría, pero enseguida me doy cuenta de una cosa, me doy cuenta de que si mamá me lo ha dado es que a lo mejor ya empieza a pensar que Toni no va a volver.

Otro golpe seco.

Los gritos ahora son muy fuertes. Cojo el fuerte de Toni. Voy hasta su habitación y lo dejo en su estantería porque me da pena que mamá piense que Toni no va a volver, aunque sea verdad que Toni no va a volver.

De vuelta a mi cuarto paso al lado del dormitorio de mamá. Voy de puntillas, para no hacer nada de ruido. Entonces, de pronto, se abre la puerta y sale mamá con su camiseta de andar por casa medio rota. Tiene sangre en el labio. Me ve y se queda congelada. Yo tampoco me puedo mover. Parecemos una pareja de mimos de los que se ponen por los caminos de tierra del parque.

Creo que mamá quiere decirme algo, pero no le sale la voz, y detrás de ella se asoma Miguel, con sus ojos rojos, y me mira

-¿No habrás sido tú? – me dice Miguel-. Sí seguro que has sido tú.

Miguel estira una mano hacia mí. Y veo su mano, enorme, cerca de mi cara, y entonces, mamá reacciona, y me coge en volandas, y corre, corre, corre. Y nos encerramos en el cuarto de baño.

-Lo siento, lo siento hija, lo siento – dice -. No va a pasar nada, verás como no pasa nada.

Y me aprieta tan fuerte contra su pecho que casi no puedo respirar, y yo tengo muchas ganas de hacer pis, y le pido perdón, y le digo que ha sido culpa mía, que yo cogí el dinero.

-No pasa nada, cariño. No pasa nada – dice mamá.

Y Miguel golpea la puerta y me parece que la va a tirar. Y le da patadas, y chilla como yo no he escuchado chillar a nadie. Y la culpa es mía, porque yo cogí el dinero. Yo lo cogí, porque necesito ahorrar. Lo necesito. Porque tengo que comprar un fuerte nuevo. Tengo que comprar un fuerte mejor, un fuerte con un portalón irrompible, un fuerte más grande, en el que entren todos los soldados del ejército azul, y el general, y mamá, y yo. Y Toni, si quiere venir.

Un fuerte que no pueda derribar ningún dragón.